
**CENTENARIO DE LA
MUERTE DEL GENERAL
JOSE MARIA CORDOBA**

1829 – 1929

Nota: Este libro se transcribió exactamente igual al original, respetando la ortografía y la redacción utilizadas en la época.

ORACION POR CORDOBA

Pronunciada por el doctor Carlos E. Restrepo en la inauguración de la estatua del Héroe, en Rionegro.

Compatriotas:

Cuando el general José Ma. Córdoba dió la última carga victoriosa de Ayacucho –de la que hoy se cumple un nuevo aniversario jubiloso –quedó definitivamente cancelada nuestra dependencia material de España; pero la emancipación de la conciencia y del espíritu, la plenitud en el goce de las garantías ciudadanas, condiciones que son inseparables de la dignidad del hombre, sólo tuvieron aquel día un episodio pasajero, a pesar de su luz y su heroísmo.

Así tenía que ser: mirada nuestra guerra de independencia desde el punto de vista de los derechos del hombre y de los pueblos, ella fue un incidente en la lucha entre la libertad y el orden, entre el derecho y la autoridad, o –como hoy se plantea el problema, en términos más modernos y que se enuncian, como antagónicos –entre la eficacia y la democracia; lucha eterna que comenzó con la aparición del hombre sobre la tierra y que posiblemente no habrá de cesar sino cuando “se disuelvan los siglos en pavezas”, como reza la tremenda admonición.

Puede decirse que al cerrarse el primer cuarto glorioso del siglo XIX, en que quedaban independientes las naciones latinas de la América y dueñas de su soberanía y sus destinos, apenas comenzó para ellas el planteamiento del problema conturbador. Antes, en los siglos coloniales, su amo España y las naciones que formaron el contubernio de la llamada Santa Alianza, se lo habían resuelto en el sentido del más rígido e indiscutible imperio.

Casi todos estos pueblos nacientes contemplaron el dilema entre la república y la monarquía, y así vemos que esta última fórmula que acababa de morir a fuerza de sangre y lanza, pretendió renacer desde México con Itúrbide, hasta la Argentina, donde tuvo por panegirista al protector San Martín y aún recibió cortejos pasajeros del mismo Libertador Simón Bolívar.

Sería un error y al mismo tiempo una ingratitud el que, empinándonos sobre nuestras ideas de hoy, recrimináramos las que aquellos grandes hombres y pretendiéramos dictar contra ellos sentencias infamantes. Toda guerra trae consigo, como consecuencia ineluctable, una descomposición radical en los fundamentos del organismo social; después de ese cataclismo no quedan ni las piedras sobre las piedras, y hasta las ruinas perecen, dicen las expresiones consagradas.

Si al terminar la última hecatombe mundial sufrida por naciones que se asentaban sobre civilizaciones milenarias y que contaban con elementos materiales y humanos de la más refinada perfección, se vió que

todo se había perdido –hasta los principios más elementales de humanidad y de cultura –y que había que rehacerlo todo, como para empezar la creación de pueblos nuevos, imaginemos el caos económico, político y social en que se vieron envueltas las cinco repúblicas bolivianas, de 1824 en adelante, después de quince años de batallar sin tregua y sin piedad; cuando había que inventar rentas, dinero y crédito; con un pueblo primitivo, levantado en la única obligación de matar y vencer; y cuando los mismos encargados de la organización del Estado, casi niños al abandonar los claustros universitarios para tomar las armas, se veían ahora, hombres maduros –sin otra disciplina intelectual que la de los campamentos –obligados a crear una patria ordenada y libre.

(Antes de seguir y antes de dictar fallo condenatorio contra nuestros libertadores, pregunto: lo han hecho más bien que ellos, han organizado la república mejor que ellos, las generaciones posteriores, en los consejos populares, en las asambleas seccionales o en los flamantes parlamentarios?)

Por más que amemos la democracia, como la amamos; por grande que sea el fervor con que adoramos la libertad, como la adoramos, y por más profundo que sea nuestro odio, como lo es, contra toda tiranía... es de justicia convertir en que los conflictos que se presentaron en los primeros años de la organización de la patria, fueron de esos que llevan dudas a las inteligencias más claras, vacilación a los corazones más patriotas, y temor a los ánimos mejor templados.

Si era necesario, de necesidad absoluta, mantener la libertad conquistada, no era menos indispensable establecer el orden para que la anarquía no ahogara a la misma libertad.

Y los peores gérmenes anarquizantes crecían a todo lo ancho y a todo lo largo de las cinco repúblicas bolivianas.

Mucha parte de los elementos disociadores que las asechaban en su propia cuna, provenía de los mismos próceres de la emancipación. La filosofía popular halló la sentencia de que para establecer la libertad era preciso acabar con los libertadores. Este alarmante sentir, con sus visos de ingratitud y de profanación, fundábase en el predominio que los elementos militares querían mantener sobre la vida civil de la nación. Nada es más admirable y digno de respeto que un ejército nacional cuando se contiene en su esfera infranqueable de centinela del orden y de las instituciones; nada más abominable y corruptos –por su fuerza misma –cuando se convierte en guardia pretoriana y se erige en árbitro de la vida política del Estado.

El ejército libertador fué deliberadamente en los primeros días de la Gran Colombia y produjo perturbaciones que hicieron imposible la marcha regular de las instituciones. A esa actitud de debe, en considerables proporciones, la vida efímera que tuvo aquella enorme y generosa utopía.

Como inmediata consecuencia de esta intervención militar en los asuntos civiles –encabezada por algunos de los héroes más prestigiosos, como Páez –vino la pretensión del ejército, de sustraerse al imperio

de las leyes que la república comenzaba a darse. No hay que extrañar demasiado esa conducta ni por qué fulminar contra los hombres de espada una sentencia farisaica: todo gremio, comunidad, asociación, partido o secta tiene la ambición –casi nunca refrenada –a crearse fueros excepcionales, con la pretensión de que las leyes comunes rijan para los demás y que al privilegiado se le mantenga no sólo fuera de la ley sino sobre la ley. Los viejos despotismos legaron esta gangrena a la democracia, que nunca será efectiva mientras no nos sometamos –todos por igual –a la soberanía civil de la nación.

Recién nacida la Gran Colombia e iniciada su convivencia con el viejo Perú y con la nueva Bolivia, los síntomas señalados y otros de no menor gravedad, indicaban que la portentosa fábrica imaginada crujía por sus fundamentos y amenazaba con la ruina total.

Imaginemos la desilusión de Bolívar y la de sus compañeros intelectuales del congreso de Angostura, al avisorar la catástrofe de la obra constituida con tanta fe como entusiasmo y patriotismo; y las angustias del libertador del Perú y del padre de Bolivia al advertir que esos dos pedazos de su alma y de su gloria empezaban a girar en órbitas alejadas de su ambiente y de su genio. Cómo aguzaría su imaginación fértil, cálida y desbordada, ideando remedio para tanto mal.

En efecto, era visible que Bolivia y el Perú querían sustraerse a la influencia de Bolívar y que el Ecuador y Venezuela protestaban contra el poder central, se disgregaban y formarían en breve estados independientes.

Al mismo tiempo, en esos territorios y en el de la Nueva Granada empezábamos a ensayar el recurso de las guerras civiles como remedio infalible, unas veces para establecer el orden y otras la libertad y siempre con el pretexto de llegar a la cima de la civilización. Hoy mismo no estamos suficientemente aleccionados y no faltan compatriotas que nos prescriban la panacea de las armas. Si ello fuera lo que se precotiza, no habría naciones más cultas y progresistas que estas de la América hispana, donde nos hemos saturado del feliz remedio, en dosis anuales y portentosas.

Para colmo de males y para aumentar los motivos de esta confusión caliginosa, España amenazaba con una nueva reconquista, respaldada por ese fantasma anacrónico que se llamó la Santa Alianza.

En el interior de lo que fué Nueva Granada la situación no podía presentarse más difícil. Al día siguiente de Boyacá hubo que preparar la campaña emancipadora de las repúblicas del sur: faltaban hombres y había que disciplinarlos y enviarlos por millares; no había rentas ni dinero y era forzoso crearlos por millones. El reclutamiento era mirado como una negación de la libertad buscada; era preciso acabar con los innumerables pechos de la Colonia, pero también reemplazarlos con más científicas contribuciones: el pueblo clamaba por las supresiones, pero execraba los nuevos impuestos como una resurrección virreynal.

En las condiciones descritas, todos los próceres, todos los patriotas estaban de acuerdo en la necesidad de disipar “las tinieblas que vagaban sobre la haz del abismo”; en que la luz fuera hecha; pero como?

Por ley natural e histórica, los pareceres, las opiniones y hasta los fanatismos, se dividieron en dos grandes grupos: los que creen que los pueblos se educan por la libertad, y los que piensan que ella no se conquista sino a golpes de autoridad. Empezó entonces para nosotros la eterna lucha entre la democracia y el cesarismo.

La humanidad ha tenido y tendrá que decidir siempre si avanza bajo la autoridad del pueblo o bajo el imperio del César.

Santander y Bolívar personificaron las dos tendencias, con nitidez inconfundible. La sangre, la educación y el medio predestinaron a cada uno para el papel preponderante que habían de desempeñar en nuestra historia: como magistrado al uno, al otro como el César.

Para honra de aquellos próceres y para perpetua lección continental, es evidente de toda evidencia que ambos situaron sus mutuas diferencias y las luchas ardientes que siguieron, en el terreno de las ideas y en el de sus sinceras convicciones sobre los principios de derecho público que debían regir al país en tan difíciles y calamitosas condiciones. Ambos fueron hombres y no es imposible que a Santander lo alentaran las ambiciones de partido que más tarde desplegó y que Bolívar obedeciera a los instintos de su genio dominador; pero es incuestionable que en los dos predominaban –por sobre todo y como fin primordial –la salud y la salvación de la patria.

Ahondando en las directrices de aquellos hombres grandes, pudiera decirse que Bolívar se preocupó por afianzar la victoria y el orden; y Santander por organizar la república y la libertad.

En la correspondencia y en los documentos oficiales del Libertador, especialmente de 1820 a 1824, se lee su obsesión permanente de triunfar, de triunfar a toda costa, sin ligaduras ni frenos; y en los de Santander, la convicción profunda de que todo debía sacrificarse al respecto y observancia de las normas institucionales.

Siguiendo sus peculiares inspiraciones, el Libertador dicta la Constitución boliviana, de corte rígidamente personalista y autoritario, y pretende imponerla a las naciones emancipadas por su espada; pero allí mismo se tropieza con el civilismo de Colombia y es vencido por la democracia.

Continuando por esa corriente resbaladiza, tolera que Antonio Leocadio Guzmán –un agente con más facultades de aventurero que de patriota –le haga propaganda en favor de una franca dictadura; y luego el mismo Libertador, en los afanes y apreturas de los tiempos, no encuentra más recurso que el reemplazo de

los gobernadores civiles por comandantes militares, con amplias facultades. Nuevo descontento y nuevo rechazo por parte de la naciente y creciente opinión cívica.

En esa época, secuaces de Bolívar (secuaces que nunca faltan a los caudillos y que los hacen más odiosos) fundaron la tradición de atacar y destruir impresos para estorbar la emisión de las ideas. Era lógico: lo primero que hacen los despotismos es apagar las luces para maniobrar en las tinieblas.

Por ver si se lograba poner fin a tanta confusión y que el país entrara por las vías regulares y constitucionales, se convocó y reunió la convención de Ocaña, en la que se refugiaron las mejores esperanzas; pero ese cuerpo no pudo o no supo responder a ellas. Vióse entonces lo que después ha venido a comprobarse con desastrosos ejemplos: que estas asambleas deliberantes nuestras. Muchas veces animadas de los mejores propósitos, son casi siempre estériles para el bien.

Fueron evidentes las buenas intenciones del elemento civilista que quiso consolidar la república en la famosa convención; pero no llegaron a realizarlas y resultaron inferiores a su misión. A la vez, la fuga intempestiva de los autoritarios fué un error de consecuencias fatales.

Por su parte, los militares fueron más torpes: encabezados por el general Montilla, quisieron pesar con sus espadas sobre las deliberaciones de la convención y amenazaron con motines y convulsiones civiles. Fué una desgracia tentativa de pretorianismo para el que, a Dios gracias, resultó estéril la república.

Fracasado el esfuerzo generoso de Ocaña, las dificultades y los problemas que he tratado de apuntar, llegaron a su culminación: había que salvar la patria emancipada, y decidir si la salvaba o la espada o la ley.

Los dirigentes, los que tenían la fuerza, se decidieron por la espada: era lo más expedito y lo más rápido, pero eso no era fundamental ni duradero.

Apenas disuelta la convención, llegó el histórico 13 de junio de 1828. Ese día, el general Pedro Alcántara Herrán –alma tan armada y alarmada y promovió la firma de una acta popular en que se proclamaba abierta y decididamente la dictadura del Libertador: siguió allí mismo una adhesión oficial al exabrupto, emanada del Consejo de Estado, en que leo con dolor la firma de un antioqueño y consanguíneo –la del doctor José Manuel Restrepo –que después deploró con actos de perfecta contrición. Como es de uso tropical, se pidieron y se obtuvieron adhesiones al acta primogenia y así se simuló un plebiscito nacional, a toque de tambor.

Ante esta medida drástica, que trastornaba todas las nacientes convicciones sobre libertad civil, los más jóvenes protestaron con fiereza indómita y empezaron a agruparse con evidentes propósitos de hostilidad: los republicanos más cuerdos, siempre respetuosos del Libertador, dijeron con hondo y acertado pensamiento: “Bolívar es un grande hombre, pero no es la patria; es un héroe, pero no es la libertad”.

En medio de aquella confusión de ideas, de aquel trastorno de los elementos orgánicos de la sociedad, de aquella combustión de entusiasmo y de rencores, era de predecirse lo que sucedió: tres meses después de la proclamación de la dictadura estalló la protesta armada y fué la noche tenebrosa de septiembre.

“Precisar definir, siquiera a grandes rasgos, el papel desempeñado en estas emergencias por el general José Ma. Córdoba y las orientaciones, en tan difíciles circunstancias, de su conducta y de su vida. No incumbe a mi actual propósito referirme a las proezas del militar hazañoso, que de ellas sabemos que fueron una serie insuperable de valor y de heroísmo, desde El Palo hasta el Santuario, pasando por la cimera de Ayacucho. Basta decir que Córdoba dió honra a las armas de la Nueva Granada, al igual que los mejores guerreros de la contienda emancipadora de esta América.

Si la sangre de que se forman los hombres, si las tradiciones familiares que los educan y si el medio circundante que los rodea en los primeros años, no son fatalmente decisivos del porvenir –como seguramente no lo son –es indudable que ejercen sobre aquellos una influencia preponderante.

El joven general de Ayacucho traía sangre procerca de su abolengo español, de los Fernández de Córdoba de que allá se habla cuando su historia el valor ibero; recibió una educación recta, recia y cristiana, en medio del trabajo y de la pobreza; y sus pulmones de infante se ensancharon respirando aires de libertad en los picos de estas montañas “donde los vientos refrescan”.

No recibió Córdoba una enseñanza académica, de esa que muchas veces no conduce sino a la complicación de las ideas y que embota la acción; ni se le podía pedir al medio en que se levantó ni a los verdes años en que tomó las armas; pero estaba lejos de ser un analfabeto y un hombre sin criterio: las lecciones que recibiera de Caldas, de Restrepo y de Serviez, su clarísimo talento natural y su amor al estudio, cultivado penosamente en los descansos de las marchas guerreras y a la luz de los vivacs, le dieron ideas propias y un juicio perspicaz y austero.

La leyenda popular ha hecho de Córdoba nada más que un soldado de fortuna, ha forjado un héroe dotado sólo de locura y de valor. En él había esto y algo más. Al ahondar en su vida y particularmente en su correspondencia, topa uno con el hombre civil, conscientemente enamorado de las libertades ciudadanas; con el hombre respetuoso de la autoridad y de la ley; con el republicano que fué a los campamentos, no a satisfacer su sed de sangre ni sus instintos salvajes, sino su hambre de libertad y de justicia. José María Córdoba tuvo una belleza moral, que no ha sido ponderada suficientemente porque está fuera de toda ponderación: su vida –en este sentido apenas comparable a la de Sucre –fué un ejemplar de magnífico desinterés y un espejo de honrada pulcritud. Si por las manos del guerrero joven y fogoso, pasaron hilas de sangre, no alcanzó a mancharlas nunca el lodo del peculado.

Sólo haciendo convivir en Córdoba al militar y al repúblico, puede explicarse la gallardía de su vida.

Alejado de la jurisdicción nacional, ansioso de nuevos laureles, solicitado por sus jefes y por la gloria, quiere renunciar a todo y presentarse sumiso ante los tribunales de justicia, a ser juzgado como simple ciudadano, sujeto –como todos –a la ley. El también comprendió que ningún hombre es la patria y que ningún héroe es la libertad.

Por lo pronto, no le permitieron sus jefes superiores cumplir los abnegados deseos: lo esperaba y lo necesitaba la corona de Ayacucho: mas apenas ceñida la depuso y corrió a purificarse con el fuego de la ley.

En los días agitados de la convención de Ocaña, Córdoba se adhirió a las manifestaciones democráticas y civilistas de los militares, pero protestó con franqueza y con valor contra las amenazas de subversión del orden y contra las imposiciones de la fuerza. Comprendió que si se pretendía alcanzar la organización del país, era imposible que lo obtuviera la violencia.

Si para los hombres de estudio de aquella época, y aun de la presente, era y es difícil señalar la acertada solución a tan intrincados problemas; si las dificultades se acrecentaban para el elemento militar, para Córdoba fueron singularmente inextricables: sus disciplinas no fueron las de un estadista ni las de un profesor de derecho público; su gratitud y su admiración por el Libertador, eran y debían ser extraordinarias; y, sin embargo, sus instintos y sus convicciones lo empujaban al campo de la república y lo hacían vacilar ante el caudillaje; y vaciló. Sólo se conocen dos especies de animales que no vacilan, que no dudan jamás: los irracionales y los fanáticos.

Córdoba tuvo la flaqueza o la ofuscación de acompañar a los que el 13 de junio proclamaron el poder omnímodo del Libertador y reafirmó su conducta claudicante con amenazas a los defensores de la legalidad. La historia tiene que perdonarlo porque fué joven y erró, porque amó mucho al padre de la patria y porque horas más tarde rescató la falta con la sangre y con la vida.

No así puede increpársele su comportamiento en la conspiración del 25 de septiembre. Es evidente que esa noche se puso, sin vacilaciones, de parte de su amigo y de su jefe y contribuyó, con eficacia, a salvarlo de la brutal agresión. Aun suponiendo a Córdoba enemigo del dictador y de la dictadura, obraba como buen militar y hombre de honor al poner su espada al servicio de quien se la había ceñido; proceder de otro modo hubiera sido deslealtad y traición, y en Córdoba no había materia para ninguna ruindad.

Pero el despotismo del gendarme necesario no ha sido –a Dios gracias –túnica que puede cubrir, holgadamente el cuerpo de Colombia; antes bien, la ha sentido como camisa de fuerza intolerable las pocas veces en que se le ha echado sobre sus carnes rebeldes. Cuando no se le toleró ni a su mismo Libertador y padre!

Popayán, la ciudad de las gestas patricias, fué de las primeras en dejar oír voces venerables contra el cesarismo. Varones austeros pidieron a Bolívar, con respeto pero con firmeza, que depusiera las facultades

discrecionales de que se hallaba investido. Antioquia –la provincia por antonomasia –que había negado su adhesión a las manifestaciones militaristas elevadas a la convención de Ocaña, tampoco quiso suscribir las actas en que se proclamaba la dictadura. Desde Pasto hasta Cúcuta, y en Santa Marta y en Cartagena y en el Chocó... se sentía el asombro por lo que pasaba, la inquietud subterránea de los patriotas, la inconformidad de los que habían visto pelear las batallas de la liberación-

Por aquellos días, que fueron épicos en la historia colombiana, Córdoba se alejó del foco ígneo y absorbente del Libertador y fué a respirar los aires libres de la ciudad de Pubenza. Es indudable que allí experimentó una profunda reacción el guerrero y el patriota. Lo cierto es que renunció a sus prerrogativas y obligaciones militares al mismo tiempo que a la amistad del César; encabezó decididamente la restauración de las libertades civiles y voló a Antioquia a defender con las armas la causa de la democracia... y a morir por ella.

Antioquia era tierra propicia para la ardua empresa, tan bien intencionada como temerarias. Córdoba contaba aquí, no sólo con parientes y amigos de influencias, sino con un núcleo de población que, en mayoría inmensa, coparticipaba de sus ideas libertadoras. Perdónese que abra aquí un paréntesis para insertar una auténtica tradición familiar, por su evidente significación respecto al estado de los espíritus en esa época: el 12 de septiembre de 1829 día en que el general Córdoba entró a Medellín, en franca rebelión contra Bolívar, acababa de cumplir catorce años mi venerable padre y cursaba sus primeras letras en la escuela municipal de la vecina población de Itagüí; llegada a ésta la noticia de la rebelión, todos los niños abandonaron la escuela y salieron a la plaza, gritando vivas al héroe de Ayacucho y muera al tirano; y por las tardes, aquellos soldados pueriles hacían ejercicios militares con fusiles de madera, bajo la dirección de un veterano, para ponerse en aptitud de incorporarse a las filas revolucionarias; en tales ejercicios los sorprendió el desastre del Santuario. Agregaba mi padre con comentario textual: "en ese tiempo todos éramos republicanos en Antioquia, porque todo el mundo decía que el Libertador Bolívar se había convertido en un tirano".

Está dicho cómo la provincia mediterránea y aislada negó su concurso a las amenazas de la fuerza contra los convencionales de Ocaña, y su firma al entronizamiento del poder discrecional; había dado todo el oro que pudo arrancar de sus veneros para que la emancipación pudiera llegar hasta el remoto Condurcurca, de tal suerte que las altas autoridades clamaban porque no se consumara su completa ruina. En el año angustioso de 1813, la Provincia, que se había erigido en Estado libre e independiente, contrariando sus recios sentimientos regionales y por medio de su legislatura, "reunida en soberana representación" renunció a sus facultades omnimodas y las traspasó al gobierno general de la Nueva Granada, para que éste obrara soberanamente en los ramos de hacienda y guerra y dispuesta, a discreción, de los bienes y de las vidas de

los antioqueños. Así resolvió este pueblo el problema de la centralización, que tanta sangre costó a los que se empeñaron entonces en una federación imposible, que amenaza destruir la fábrica toda de la independencia. Para dar ese paso ejemplar, de abnegación y de patriotismo admirables, se fundó la legislatura soberana de Antioquia en que “siendo la libertad un dón inestimable y precioso, no hay sacrificio alguno, por grande y doloroso que sea, que no deban hacer los pueblos para conseguirla”.

Fué aquí donde Juan del Corral y José Félix de Restrepo promovieron, por primera vez, la emancipación de los esclavos y donde ella fué solemnemente proclamada como estatuto natural y constitucional de Antioquia. Para esos patricios, ningún hombre nacido bajo estos cielos tan anchos y sobre estas montañas tan enhiestas, podía vivir en servidumbre.

Ya se ve cómo supo Córdoba escoger el terreno propicio para la trágica epopeya, que él mismo llamó de la Libertad; y cómo es digna esta tierra alta de sustentar la escultura marcial y de custodiar los restos del general republicano.

Pero ¡alerta compatriotas! No nos envanecemos con nuestras tradiciones, si no somos capaces de conservarlas puras; no nos vanagloriemos de nuestras montañas si no sabemos mantenerlas como baluartes de la democracia; y no seamos indignos del paladín que glorificamos, rindiendo pleitesía al cesarismo. Seamos modestos y recordemos para nuestra confusión y edificación, que en veces, sobre los riscos de Antioquia, también se ha ocultado el vuelo de los cóndores entre humo del incieso quemado en oblación a los dictadores.

Apreciado con el criterio de hoy los dos hechos culminantes de 1828 y 1829 –la dictadura de Bolívar y la rebelión de Córdoba, sucesos capitales que son como pirámides en la historia de Colombia y dignos de las más hondas meditaciones; juzgando con la experiencia de cien años agitados, turbulentos y fecundos, hay que condenar la conspiración y la rebeldía contra el que, a pesar de sus ofuscaciones en horas de tinieblas, fué quien dió libertad a un continente, fué el padre natural y sobrenatural de la Gran Colombia y a quien, si fué y erró, hay que colocar alto, muy alto, como semidiós en los altares de la democracia universal.

Además de que, apreciando siempre con el mismo criterio actual, los dos remedios heroicos estaban fatalmente condenados a la esterilidad: la libertad es hija de la misma libertad y nunca de la violencia; lo que se siembra con sangre fructifica en sangre y siempre engendrará la injusticia.

Pero en la región de los principios puros y de las aspiraciones ideales, hay que acompañar a los conspiradores de septiembre y cerrar filas con los soldados de Córdoba.

La guerra y la tiranía son calamidades apocalípticas que aún deshonoran a la humanidad y manchan con borrones rojos y negros el mapa de la tierra. Puede ocurrir que lleguen a ser de cumplimiento fatal; pero es lo cierto que mientras ellas perduren, no podrá decirse que existe la verdadera civilización.

Ninguna nación tiene derecho a sojuzgar a otra nación, ni siquiera para imponer su cultura por medio de la fuerza. Nadie, sea hombre, pueblo o parlamento, tiene la prerrogativa de gobernar por la arbitrariedad, aunque sea con el pretexto de establecer el orden o la libertad o el progreso. Las conquistas de los estados fuertes son más odiosas cuando traen el adelanto material, y las dictaduras son más funestas cuando se llaman buenas, precisamente porque acreditan esos regimenes de aprobio ante el sentimentalismo ciego de las masas. Cuando éstas carecen de ideales son fatalmente atraídas por la sangre y por la fuerza.

El despotismo nunca ha fundado nada estable y sus conquistas, por brillantes que parezcan, han sido siempre efímeras.

La injusticia y los derechos del hombre y de las naciones que de ella emanan, no son conceptos que puedan medirse por kilómetros de territorio ni contarse por cantidades de oro ni balancearse con el peso de los armamentos. Son virtudes absolutas que existen por sí mismas y que son tan grandes y exigen igual respeto, así las posea el mayor imperio como la nación más débil, el más rico potentado o el último de los mendigos.

Es indudable que, para daño y escarmiento de la humanidad, experimenta ella cataclismos extraordinarios de los que no puede salvarse, sino por medios extraordinarios: Pericles surgió de las guerras persas, César de las púnicas, Cromwell de la guerra civil, Napoleón de la Revolución francesa. En nuestra patria hemos visto que sobre el caos que siguió a la Independencia se levantó el absolutismo del Libertador; y en nuestros días, cómo después de la Gran Guerra se entronizaron las medidas de excepción y los gobiernos autócratas. Todo eso no puede ni debe ser sino temporal y es preciso mirarlo como una interrupción pasajera que sufre el ascenso hacia la necesaria y permanente soberanía popular.

No son la injusticia. Ni la arbitrariedad ni la violencia las que resuelven los conflictos de las naciones: a los pueblos hay que conducirlos de la mano, pero no arrastrados por el cuello.

La democracia se salva con la misma democracia. Ella tiene, sólo ella, la fórmula absoluta. Recordad con qué sencilla nitidez la consagra nuestro estatuto republicano: "La soberanía reside esencial y exclusivamente en la nación". Nada más, pero –meditémoslo bien –nada menos.

La soberanía nacional puede enfrentarse con los mayores males y tiene potestad de remediarlos. Ella dirá, pero ella sola, hasta dónde debe llegar la suma de poderes que confiere a sus representantes; si consiente las más extremadas facultades extraordinarias; si legitima el tremendo poder de un dictador.

La nación, por medio de su verdadera mayoría y de su representación auténtica, sí tiene derecho a disponer de sus destinos y a salvarse o perderse a su albedrío. Ante este atributo esencial y exclusivo, las minorías y las naciones extrañas no tienen el derecho de intervenir: que la dejen salvar o perder tranquilamente.

Si hasta allá llega y debe llegar la omnipotencia de la nación soberana, se comprenderá cuán imperioso es el deber correlativo que sobre ella pesa de perfeccionar sus elementos materiales, intelectuales y morales para corresponder a la magnitud de su determinaciones; y cuándo es necesaria –digamos sagrada –la pureza del sufragio para que la soberanía no se convierta en la más vergonzosa de las farsas, en la más peligrosa e incalificable de las usurpaciones.

Homenajes como éste que hoy rendimos no pasarían de ser fuegos fatuos de patriotismo, fugitiva pirotecnia tropical, si no tuviera como preciso corolario los hondos exámenes de conciencia y los más levantados propósitos. La vida y la muerte del general José María Córdoba nos enseñan cómo se debe luchar por la soberanía, abominar el despotismo y morir por la república.

CORDOBA Y BOLIVAR

Discurso del doctor Clodomiro Ramírez, pronunciado en El Santuario, lugar de sacrificio del Héroe.

Señores Delegados, señoras y señores:

La Junta encargada de los festejos conmemorativos del sacrificio del General José María Córdoba, me han hecho el honor de designarme para ofreceros, en nombre del abnegado y noble pueblo del Santuario, este ágape sencillo y cordial.

Hemos venido hasta aquí en conmovida y piadosa romería, a contemplar estos campos en que hace cien años cayó, con la cabeza herida, el más gallardo de los héroes de la emancipación americana.

Con la voz misteriosa de las cosas mudas, todo nos habla aquí de la tragedia. Por los oteros del frente todavía se ve ambular la figura apolínea y esbelta del mártir que en una lucha desigual se entregó voluntariamente a la muerte y que derramó su sangre como una protesta contra los que pretendían arrebatarse a Colombia sus libertadores y convertirla en una monarquía. Aún se perciben, en el silencio de las noches calladas, los pasos cautelosos del asesino que asestó su sable sobre la cabeza gloriosa. Aún se conserva, teñido de sangre, el viejo arcón de madera que sirvió de lecho al héroe y las puertas perforadas por el plomo gritan el horror de la escena.

Todo es solemne en estos lugares. El sol del 17 de octubre de 1829 alumbra todavía con resplandores de catástrofe el collado en que se desplomó Córdoba atravesado por dos balas enemigas. Allí está el dintel en que el bravo Coronel Murray quiso interponerse para evitar el asesinato, cuando Hand, ebrio de sangre y de ira, le lanzó al rostro estas palabras: "I have ther order".

En esa plazoleta resuena todavía como un veredicto de infamia el "NO" rotundo que le dió Castelli a O'Leary cuando aquél le dijo: "En esa casa está Córdoba gravemente herido", y éste le ordenó: "Mátalo".

Hay que decirlo muy alto. No fué Bolívar el autor de los proyectos liberticidas que sublevaron la sangre impetuosa del héroe de Ayacucho. Fueron sus aduladores.

El 3 de Septiembre de aquel año estaba el Libertador en Babahoyo, en la Provincia de Quito, cuando el Consejo de Ministros compuesto de Castillo Rada, Rafael Urdaneta, José Manuel Restrepo y Estanislao Vergara, resolvió cambiar la forma republicana del Gobierno y sustituirlo por una monarquía constitucional, con un príncipe francés a la cabeza. En notas de cancillería, indignas y zalameras, ese Consejo solicitó el apoyo de los Ministros diplomáticos de Francia e Inglaterra y el Duque de Montebello, Secretario de la Legación francesa, partió para Europa, llevando consigo los humillantes pliegos en que se solicitaba la aprobación de aquellos gobiernos. Esa fué la chispa que prendió la hoguera.

Córdoba relevado del mando del ejército del sur, como Jefe peligroso para llevar a cabo esa aventura, no vaciló más y con todo el coraje de su sangre impetuosa resolvió hacer fracasar este proyecto o perecer en la demanda.

La historia tiene pruebas irrecusables de que Bolívar no participó de ese proyecto.

En la nota diplomática que don Estanislao Vergara dirigió al señor Bresson, Ministro francés, para comunicarle el proyecto, nota que lleva fecha del 5 de septiembre del año citado, le dice: "No ha contado el Consejo para formarlo con la opinión precisa del Libertador, ni es posible que éste que tiene tanta dignidad en sus procedimientos, la diera en estos términos. Con lo único que cuenta el Consejo de parte de S. E. es con la promesa de que sostendrá lo que el Consejo resuelva".

Ya de regreso de su última campaña del Sur, Bolívar desde Popayán hizo dirigir una nota al mismo Vergara, con fecha 22 de noviembre de 1829, en que desaprueba terminantemente el proyecto de monarquía.

En esta comunicación decía el Secretario de Bolívar: "Piensa el Libertador que su propia obligación, la del Congreso y la del pueblo colombiano se reduce a ilustrar simplemente a los miembros de la representación nacional sobre los verdaderos intereses de la nación; hecho esto, someterse a sus decisiones, como la única medida que puede convenir universalmente a todos los individuos y clases de la sociedad. Por estas y otras muchas razones S. E. me manda protestar, como protesto a su nombre, ante el

Consejo que no reconocerá por acto propio de S. E. otro que someterse como ciudadano al Gobierno que dé el Congreso constituyente y que de ninguna manera aprobará influencia en aquel cuerpo de parte de la administración actual”.

Ya véis señores que no fué estéril la sangre del mártir. Ella hizo retroceder espantados a los autores de aquella aventura inconfesable e hizo brotar de los labios del Libertador una anatema para los conculcadores de la libertad americana.

Y sabeis cual fué el resultado de aquel proyecto infame? Que Lord Aberdeen, Ministro de Foreign Office, contestó la comunicación que llevó el hijo del Mariscal Lannes, diciendo que el gobierno de su Majestad Británica aprobaba el proyecto de monarquía constitucional para la República de Colombia, a condición de que el Rey fuera de la casa de los Borbones que gobernaba a España.

Entre los escombros de la tragedia se oyó la carcajada de Mefistófeles.

He querido hacer estas breves consideraciones para demostrar que la gloriosa hazaña de Córdoba en estos campos inmortales, no necesita fundarse difamando al fundador de cinco repúblicas. Son dos astros que en el cielo de la libertad brillan con luz propia y es injusto tratar de oscurecer el uno para abrillantar el otro.

No fué Ruberto Hand, el irlandés cobarde, el que asesinó a Córdoba. Fueron aquellos ministros traidores a la república, los que decretaron su muerte. Entre las instrucciones reservadas que trajo O'Leary para dominar la insurrección de Antioquia, estaba la de suprimir la vida del único militar de la guerra de la independencia que podía hacer fracasar sus planes.

Esos ministros tenían ya redactadas las bases para la constitución que debía reemplazar a la de Cúcuta cuando llegó como una bomba la nota de Bolívar fechada en Popayán el 22 de noviembre. Esas bases eran 1º. Presidente vitalicio con derecho a nombrar sucesor, mandar el ejército, nombrar todos los empleados civiles y militares. 2º. Veto absoluto. 3º. Vicepresidente elegido por el Presidente. 4º. Senado vitalicio y hereditario. Sus miembros serían nombrados por el Presidente. 5º. Tribunal Supremo de Justicia y Tribunales Superiores nombrados también por el Presidente. En una palabra, una caricatura de monarquía absoluta mil veces peor que las de la Edad Media.

Córdoba tenía en su poder esos planes y prefirió sacrificar su vida antes de ver a su patria cubierta de vergüenza.

No era un conspirador vulgar. Si la ambición de mando lo hubiera tentado, no hubiera tenido más que aplaudir los planes liberticidas y en la monarquía tropical habría tenido por lo menos el bastón de mariscal.

No lo quiso. Prefirió caer como Ney en la plaza de la Concordia sin dejarse vendar los ojos y mandando el pelotón de soldados que lo ejecutaron, más bien que traicionar al emperador y ponerse al servicio de los Borbones.

Treinta años! El pináculo de la gloria escalado peldaño por peldaño; bosques de laureles que se abatían a su paso; mujeres hermosas que caían a sus pies enloquecidas de pasión; una novia a quien idolatraba; una madre que le cuidaba la corona de oro que sobre el campo de Ayacucho le ciñó el más digno de los generales de Colombia y arrullaba como a un niño.

Todo, todo lo sacrificó en este campo de desolación y de muerte antes que manchar su acero y convertirlo en instrumento de la tiranía.

Aquí cayeron a su lado, heridos o muertos, sus compañeros de gloria Benedicto González, Ramón Escalante, Anselmo Pineda, Francisco Giraldo, su abanderado en Ayacucho.

Un traidor le hizo perder la batalla. Tal vez fué mejor, ¿Quién lo sabe? Esa sangre roja de heroísmo hizo retroceder despavoridos a los tiranos.

Aquí nos queda para venir a empapar en ella nuestras almas en los días por venir, cuando algún ambicioso pretenda alzarse en los destinos de la república y mancillar los principios de la democracia.

Pero Dios no habrá de permitirlo.

Por ese martirio; por esa sangre fecunda derramada cobardemente; por este pueblo generoso que vigila nuestros muertos gloriosos y que sabe sacrificarse cuando la patria está en peligro, yo os propongo señores, que en vez de levantar nuestras copas, guardemos de pie dos minutos de silencio.

He concluído.

MILITAR Y CIVIL

Discurso del doctor Julio César García, pronunciado en Rionegro ante el monumento que guarda las cenizas del General Córdoba.

Señor Gobernador, señores delegado, señores miembros de la Municipalidad y de la Junta del Centenario, señoras. Señores, soldados de Colombia.

Hablo en nombre de la Asamblea Departamental de Antioquia, por delegados que al mismo tiempo me confunde y exalta.

Siempre he sentido impulso de descubrirme al pisar las calles de Rionegro, porque a cada paso encuentro en esta ciudad fechas, nombres, reliquias y monumentos que hacen de ella síntesis y relicario de patriotismo, de santidad y de sabiduría.

Esta colina es sagrada para la libertad, porque guarda cenizas ennoblecidas por el espíritu del héroe que se ofrendó a la diosa pálida en rescate de aquel indeclinable atributo humano.

Sabía Córdoba que “no basta ser independientes para ser libres”, y corroborando la tesis de que la emancipación era un medio y no el fin de el hilo de los libertadores, después de rubricar con espada fulgurante, sobre las crestas de los Andes, la independencia americana, vino a morir en El Santuario por la libertad, que sería aún el precio de porfías y de sacrificios innumerables.

El mismo que después de asombrar a la historia con su inmortal voz de mando: “Armas a discreción, paso de vencedores”, pudo escribir desde Huamanga el 18 de diciembre de 1824: “Hemos libertado el Perú, hemos hecho lo que había que hacer de más grande en el universo”, el 21 de septiembre de 1829 dirigía al Libertador este evangelio de la democracia: “Todos hemos jurado sostener la libertad de la república bajo un gobierno popular, representativo, alternativo y electivo, cuyos magistrados deben ser todos responsables: y sin renunciar al honor, no podríamos prestar nuestra aquiescencia a la constitución de un gobierno absoluto, ni al establecimiento de una monarquía sea cual fuere el nombre de su monarca”.

El héroe por antonomasia en la lid sangrienta, y figura máxima de la milicia colombiana, adquiere de ese modo el relieve inequívoco de prócer y encarna la fisonomía moral que es orgullo y blasón de nuestra Patria.

Si el empeño era superior al momento histórico, querrá decir que pertenece a la categoría de los precursores, a quienes puso el infortunio el sello de singular grandeza, pues dicho se está que en toda marcha hacia la altura el abnegado sucumbe y llega el venturoso, uno es que merece triunfar y otro el que triunfa; “pero alguna vez la Equidad suprema corrige el error del destino ciego y la prosperidad glorifica a los que sucumben”.

“Si es imposible vencer, no es imposible morir”, dijo él mismo momento que la peruana Myriam ha calificado como el episodio más grandioso, la nota más resplandeciente de la existencia de Córdoba, que alcanza la suprema belleza, la suprema armonía, y culmina radiante, excelsa, en palabras de serenidad y de renunciación.

Murió para que de su sangre brotara fuerte el espíritu de la democracia. Victis honos. Todo el honor para el vencido.

En sofisma de cobardes o interesados con malicia se viene haciendo común el menosprecio de la carrera de las armas como contraria a los fueros de la ciudadanía. Y es necesario que reaccionemos contra esa injusticia, pues vivir en constante preparación para el peligro y para la muerte, en guarda de la soberanía, de la seguridad y del orden, no es ejercicio compatible con la sordidez, el egoísmo y la inequidad; por el contrario exige una acendrada virtud civil.

El ejército ha sido siempre en Colombia sostén del postulado nacional que declara nuestro suelo estéril para la simiente de la arbitrariedad; es fianza de la libertades públicas y guardián celoso de la intangibilidad de las instituciones.

Sabe el soldado cuánto cuesta la república en sangre, en lágrimas, en sacrificios y no puede apreciarla en menos que los usufructuarios de la literatura civilista, quienes saben solamente lo que la república vale en posibilidades para medrar y capitalizar en provecho exclusivo de un grupo lo que es patrimonio de todos los colombianos. "Es razón averiguada, a fe del ingenioso hidalgo en su discurso sobre las armas y las letras, que aquello que más cuesta se estima y debe de estimarse en más".

El ejemplo de Córdoba, héroe militar y mártir de la causa republicana, es mi fianza, aunque podría multiplicar por ciertos los testimonios de nuestra historia en todos sus accidentes y alternativas. Pero qué digo! Si el juramento constitucional brilla en los ojos de estos valientes, que han dado el mejor concurso para la glorificación del mancebo apolíneo, y estremece con ansias de promesa y de superación sus corazones generosos!

Seamos justos con ellos en nombre del modelo inmortal.

TRES ESTAMPAS DE CORDOBA

Discurso del doctor Alfonso Castro en la inauguración del parque que rodea la tumba del Héroe.

Señores:

La desaparición de los grandes hombres marca un pueblo la plenitud de un símbolo.

La muerte, cuando se trata de vidas admirables en vez del paso misterioso hacia el olvido, es la cúspide de las transfiguraciones definitivas, el principio de una existencia luminosa, que, poco a poco, oreo con su influjo los corazones todos, como gana la luz, al aparecer por el oriente, los repliegues y abismos de la montaña.

Es preciso morir para ser grandes. La contextura de la humanidad exige ante los preclaros varones, que han saturado sus días de acción y pensamiento, que sea indispensable el esfumino de la tumba para delinear trazos de inmortalidad en las augustas siluetas. Sólo la calma imperturbable del sepulcro purifica y exalta.

En el trajín de las horas, dolorosamente triviales, el alma selecta siente la impotencia creada por la mediocridad del medio, y la mediocridad es algo untuoso, formado a base de virtudes retardatarias y de pecados de incompreensión.

Una vez que se ha traspuesto aquella tronera redentora, pávido silencio reina en torno. Si modesta fué la vida de quien se hundió en la sombra, al silencio se suma la indiferencia por los siglos de los siglos; como si meritoria vibró en su tránsito por la tierra, la sugestiva calma empieza a colmarse con el fervor de generaciones presentes y futuras. Quiérase o nó, por una recóndita justicia inmanente, la ola de admiración se acrecienta en el correr de los años. Surge de la subconsciencia colectiva un anhelo, cada día más intenso, por que se grabe en el espíritu nacional el valor positivo del desaparecido, que en un momento dado deja de serlo, merced al dinamismo radiante del alma vigorosa y magnánima, para vivir presente en el recuerdo público, convertido en el pastor que señala las rutas iluminadas del porvenir.

Tal ha ocurrido con Córdoba, la genuina representación del heroísmo y del carácter en Hispanoamérica, en Colombia y en esta garrida tierra en que nacimos. A raíz de la tragedia, transmutación de su existencia en eternidad, aullaban las pasiones al redor de su sepulcro. Amarillosa la envidia, enfilaba el estilete de su lengua contra la apolínea cabeza destrizada por el sable asesino. El caporalismo gregario, nostálgico de amos por cuatro siglos de abyección colonial, no estaba capacitado para comprender el sacrificio ni los arrestos del que supo ser lógico y afirmativo en su culto hacia la libertad y la república. La espada imperante había cegado los fuentes del derecho, y los libertos criollos, ofuscados con el estrépito de las dianas libertadoras, pedían un monarca como paliativo a los beneficios de la independencia.

Tímida piedad velaba las cenizas del prócer. Pero el corazón del pueblo, justo siempre, no obstante sus momentáneas veleidades, en hábitos de amor rondaba la urna funeraria que encerraba los despojos del coloso, amasados que fueron con sangre de aquél y con esencia de su espíritu. Y ese inmenso corazón que no había logrado contagiarse del silencio intencionado con que se pretendía amortajar la sombra magna, acendrabá en el correr del tiempo, depurador experto y mago de revaluaciones, las gestas inmarcesibles del que supo descollar entre titanes y fué el más gallardo cruzado de la democracia.

Rionegro, la ciudad preclara, la matriz prolífica, que en sucesión ininterrumpida ha valorado la República con héroes, pensadores y poetas; la tierra de la castiza galantería y de las bellas mujeres, apenas comparables a la florescencia maravillosa de sus jardines, se ha honrado siempre en su papel de Niobe

vigilante. Vivido ha mantenido el fuego de su lampadario para mostrar a Colombia, en horas brumosas, como sabe un pueblo noble custodiar la memoria de los que no ahorraron sangre ni martirio para que, en un día como éste, el aire vibre con las marchas triunfales y el ondear épico de las banderas, y el sentimiento unánime se dilate en los pechos, al evocar la marcial figura del que, con Bolívar, Sucre y Santander, tiene derecho a montar la guardia de la victoria en la ámbitos de América.

Hoy Rionegro, en apoteosis digna de su espíritu, refrenda con su sello, ante el Continente y ante la propio España, la grandeza del mancebo legendario, a quien convierte en numen tutelar de sus dominios. Esta historiada ciudad, puede apropiarse la inscripción que decora la pirámide, donde yace la sustancia corporal de Marceau, el bravo general francés, apuesto como Alcibiades y que con orgullo fraterno se hubiese acompañado de Córdoba en una de sus cargas formidables: "Hicineres, ubique nomen": aquí sus cenizas, su gloria por doquiera.

La vida de Córdoba es como un libro de juventud, primoroso en su engaste, adornado de viñetas y estampas que arrastran el alma a ensueños de heroísmo, de entusiasmo patriótico, de elevadas ambiciones y hervir juvenil, de sumisión al deber y al derecho. Libro admirable, emblema de hidalguía y altivez, aljibe tonificante, donde los hombres nuevos pueden allegarse si quieren saber, olvidando un poco las descansadas sendas que conducen a los jardines de Epicuro, de la suprema masculinidad, del recio temple de una conciencia recta y ansiosa, del imperio del derecho y de las espinas con que puzan la frente las hojas de laurel.

Tres estampas iluminadas escojo en estos momentos, para hacer desfilar ante vuestros ojos los episodios más trascendentales de aquella existencia patricia. Forman un triángulo equilátero, sobre el cual se asienta, majestuosa e inmovible, la personalidad del gran sacrificado.

Es el 9 de diciembre de 1824, en el campo de Ayacucho. El día ha amanecido de gala, como si presintiera que ha de presenciar una de las más espléndidas y purpúreas fiestas de la libertad. La mañana riega sus oros por hondonadas y collados, y franjea de irisaciones la cima del Cundurcurca o Cuello del Cóndor, que recorta en curvas audaces el infinito zafiro de los cielos. El aire, frío pero reconfortante, penetra la vida integra de renacientes vigores y físico bienestar, en que el organismo se siente más liviano y el espíritu sediento de inmensidad.

La cima y las vertientes de la montaña la ocupan 9.310 soldados españoles, enorgullecidos con catorce años de victorias y, muchos de ellos, por haberse enfrentado al gran Emperador. Visten lujosos uniformes de

parada, y es digno de contemplarse aquel campo, donde el oro, la plata y el acero pulido, rebrillan bajo los rayos solares, como las escamas de una bestia potente y bella, en tanto que manchan la verdura y desgarrones de la tierra, el rojo, el azul, el verde, el gualda, el blanco de las vestimentas y que estandartes, banderolas y penachos, flamean estremecidos por un soplo impetuoso de impaciencia.

Más abajo enfilan los patriotas en número de 5.780. Masa oscura cual conviene a la sobriedad, pero allí están los soldados que grabaron en la conciencia indohispánica los nombres de Carabobo, Bomboná, San Mateo, Pichincha, Boyacá, Chacabuco, Maipú, Junín, el Pantano de Vargas. Y tales nombres evocadores, van de labio en labio, murmurados con el respeto de palabras hechizantes que predisponen a la victoria. Y los repiten patriotas de todas las nacionalidades de América, allí representadas.

Momentos antes de la batalla, oficiales y jefes enemigos departen amistosamente como si de un simple torneo entre gentiles caballeros se tratara. Monet, que en un grupo aparte ha cambiado con Córdoba frases de cortesía, anuncia a éste poco después, que van a romperse los fuegos. Sucre entonces, desde el centro de su gente, montando en el corcel que en Pichincha cabalga, resume su pensamiento en esta proclama, que tiene la majestad sencilla de lo que es supremo: “¡Soldados! De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur. Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia”.

Truena la fusilería, resuenan los vivos y el humo va esfumando en grises vaguedades las siluetas de los luchadores. Los cuerpos patriotas resisten el empuje del contrario, mientras llega el instante decisivo, concebido de antemano por el futuro mariscal. Al fin... Monet y Villalobos, como un volcán que estalla, se precipitan con sus divisiones por el centro sobre al explanada, donde los americanos soportan los estragos del plomo y la metralla. Y es el minuto ansiado en que el generalísimo da la orden a Córdoba que “cargue rápidamente con sus columnas”.

Vuela éste frente a sus batallones y les arenga: “contra infantería disciplinada no hay caballería que valga”. Agita el sombrero blanco en la diestra, y con la izquierda domina el bravío alazán que piafa y se encabrita. Viste “ligero uniforme azul sin más gala que su juventud y su espada”. Sus veinticinco años son bellos y ardientes como un manojito de centellas.

Dirigiéndose a sus 2,300 veteranos les grita “con arrogante acento, aquella voz desconocida en la milicia y característica desde entonces, del héroe que la inventó y de la famosa jornada que decidió”, por su influjo. Orden sublime, que ahora estremece vuestros corazones como voló, de pelotón en pelotón, el día que hizo desbordar el frenesí y el coraje americanos.

Entre tanto, la banda del “Voltigeros”, rompe con el bambuco colombiano, nuestro dulce y melancólico bambuco, que con hilos de luz nos roba el alma hacia el pegujal querido, donde la negrura de unos ojos disipa las tristezas y el contacto calino de unas manos destilan el cordial que dulcifica al hombre.

A paso de vencedores ascienden la montaña el "Bogotá", el "Pichincha", el "Voltigeros" y más tarde el "Caracas". Nada les detiene en su ímpetu. Son como un haz de flechas de acero hundidas en carne blanda. Todo lo barren, y avanzan, avanzan siempre. La tierra está cubierta de horror y de estrépito. Fructuosa cosecha la recoge silenciosa a lado y lado, pero poco se suple porque a los muertos se les "hecha el capote encima" y se cubren los claros con los que atrás vienen. El comandante Leal exclama: "Saldremos algunos menos, pero la victoria es nuestra".

Córdoba, convertido en señor del fuego y de la sangre, como también en paladín de la generosidad, avanza desmontando de su caballo, a la cabeza de sus bravos, hacia el Cunduncurca. Ya está cerca de la cima. Un bote más y el inclito general de Antioquia la corona. ¡Arriba los leones de Colombia! Al fin el "Pichincha" ha plantado en el más alto pico el tricolor nacional, que tremola al sol del medio día, como un arco iris que tuviese las alas rumorosas del mutilado mármol de Samotracia...

Y esta es la estampa de la gloria.

* * *

Córdoba goza de los días triunfales en Bolivia, al lado del general Sucre. Allí todo le sonríe como es de justicia. Tórnase en tropeta de prodigios, la voz de la multitud, que hace retemblar montes y valles, en todo el continente, con el nombre de su fama. Las mujeres, el máspreciado galardón de cualquier lucha, convierten en coronas sus brazos amorosos para apresar al vencedor. Este sueña, noche y día, en nuevas hazañas; cabalga impetuoso "al través de las pampas meridionales"; ama con el hervor de su anhelo primaveral y no desdeña rendir tributo a la musa de la danza, al compás de los brillantes acordes del "Voltigeros".

El general Sucre lo ha postulado para el comando en jefe del ejército, puesto que más tarde le discierne el propio gobierno de Colombia. El libertador, que llega a la ciudad de la Paz el 18 de agosto de 1825, coloca sobre sus sienes la corona de oro que los bolivianos le ofrendan, y que hoy guarda esta ilustre ciudad por filial dedicación del héroe. Era el único rasgo de que carecía para ser un semidiós de una leyenda griega o romana.

Pero la tranquilidad no es patrimonio de los humanos, y el regalo indefinido no se compagina con la angustia que vuela por el mundo.

Los grandes más que nadie, por lo mismo que ocupan amplio espacio, que recorta el de la profusa medianía, no se sustraen a la ley del constante sufrir. Córdoba se informa de que en Colombia se le sigue un juicio criminal, y él que si criminal fuera podría esquivar airosamente la acción de la justicia con solo una palabra rebelde, pide con ahinco a Sucre y a Bolívar, que le permitan presentarse a responder de su

conducta ante los tribunales de la Patria. Juzga la mayor satisfacción de su vida, como lo manifiesta repetidas veces en cartas y por la prensa, el someterse a un consejo de guerra en acatamiento a su honor, a su delicadeza y a su franca conducta militar.

Al fin, después de dilaciones de todo género, en absoluto ajenas a su voluntad, y de implorar de sus jefes la licencia como una gracia extrema, parte para Bogotá a donde llega en septiembre de año 27, no sin antes haber prestado en su peregrinación importantes servicios al país.

Presentase ante el consejo de guerra, sereno y confiado. Allí se defiende con la sinceridad de quien ha cumplido con su deber. Demuestra que sí es un soldado de férrea disciplina y de coraje insuperables en el combate, que sí es el adolescente de enhiesta cabeza abrumada con todos los atributos de la gloria; también cuando le toca el turno, es el manso ciudadano que sabe someterse a los mandatos de la ley.

Ejemplo magnífico de lo que es el espíritu eminentemente republicano, cuando lo alumbra la rectitud de un criterio y el puro amor a la patria.

Absuélvesele de toda culpa por los jefes militares, por la administración de justicia y por la opinión pública. De nuevo tiene derecho a lucir las estrelladas charreteras que conquista en Ayacucho y Colombia a contarlos como heroico jefe de los valientes, que forman el escuadrón sagrado de las sombras, guardián de la grandeza pasada, presente y futura de la democracia.

Y esta es la estampa del culto al derecho.

La dictadura se enseñorea de la República. Tentativas monárquicas, sugeridas en los salones ministeriales, conmueven dolorosamente el sentimiento del pueblo que durante diez y nueve años ha fructificado en sacrificios de sangre y de riqueza, para ahuyentar la tiranía. Córdoba, con lógica certera de una arraigada convicción, no puede contemplar impasible que la tierra de sus ansias y amores, se convierta en feudo de los que un día fueron eminentes, pero que ahora, por esta miseria de la naturaleza humana, sufren eclipse pasional de su grandeza. El hijo espiritual de Bolívar, genio único de la América y sublime caballero de la libertad; él, que tiene incendiada el alma con su sacro ideal, siempre en la mente del supremo animador; él, que se siente electrizado por un espíritu en que no caben ni el temor, ni el engaño, ni la adulación, se lanza a una empresa temeraria de bella rebeldía, pronunciando de antemano la frase de espartana concisión: "Si es imposible vencer, no es imposible morir".

Y allí lo tenéis en el campo del Santuario, agrietado el cráneo por la diestra aleve que impulsaron mentes asesinas y vengadoras, trunca la mano que mostró a sus huestes las sendas del triunfo y del honor,

enrojecido el suelo con la sangre que fué afrenda prolífica para la República; porque probó al mundo que los límites de Colombia están murados contra la tiranía.

Y esta es la estampa del amor a la libertad.

* * *

Tres momentos en la vida de antioqueño legendario, como tres constelaciones en el cielo patrio, que han de alumbrar a la juventud los derroteros de la energía, del derecho y del valor. Pregonan, en el fulgor de nitidez con que están tejidos, cómo se agiganta un ser humano cuando se nutren las horas con una idea grandiosa, cómo tierra que tales prodigios concibe, tiene un seno de sagrada fecundidad para el mérito”.

DISCURSO

Del Dr. Manuel Muñoz Borrero ante la estatua de Córdoba

Señor Gobernador, señor Alcalde, señores:

El desempeño de la muy grata comisión que el Gobierno y el Ejecutivo ecuatorianos me han confiado en asocio de los señores General Paulo Emilio Escobar, ilustrado jefe del Ejército de Colombia, y del Coronel Rodrigo Zárate, distinguido miembro de la legación del Perú, me es honroso dirigirme a vosotros con la emoción del patriota que visita por primera vez el solar de José María Córdoba, en medio de su raza cuotidianamente vencedora; y os hablo apesadumbrado ante la evidencia de no poder cumplir mi encargo a plenitud de sentimiento y de deseo.

La corona que vamos a colocar ante el monumento del prócer, en nombre del Gobierno, del Ejército y del pueblo del Ecuador, es el sencillo homenaje que vosotros mejor que yo podéis interpretar en el recuerdo del bautismo de gloria que recibió el héroe en las nevadas fuertes de Pichincha, derretidas por el fuego de la victoria sobre la frente del mancebo invicto. Esas cumbres, allá se están como atalayas sobrevivientes de la historia, enseñándonos que ella perdura en la granítica expresión de las grandiosas proporciones del viejo volcán, que sintió estremecimientos del valor de Sucre, de Córdoba, de Santacruz, de Morales, de Mires, y se vistió de púrpura con la sangre de Abdón Calderón, el soldado niño que, con su compañía del Yaguachi,

reforzó la vanguardia de Córdoba en la desesperada locura de la lucha. Era la contribución ecuatoriana, concentraría en esencias germinativas que han florecido siempre en mi patria en las grandes causas de la libertad, la fraternidad, la justicia. Esa contribución llega ahora hasta vosotros en forma de gratitud y de admiración hacia la memoria de Córdoba para cubrir cariñosamente su sueño centenario como símbolo de paz y de concordia. Recibidla con el saludo fraternal de un pueblo. Viene a evocar las glorias de los tiempos idos; el espíritu con que los próceres sostuvieron y defendieron como gobernantes y como pueblo los grandes ideales que les llevaron triunfalmente desde Boyacá hasta Pichincha, desde Pichincha hasta Ayacucho, cuyo aniversario estamos también celebrando al honrar la memoria de quien mandó marchar al paso de vencedores.

Hemos venido en peregrinación fraternal hasta las montañas azulosas, doblegadas por vuestro esfuerzo, que bajo el claro cielo de Antioquia custodian el sepulcro de Córdoba con el duro patriotismo de su stirpe. Juntos los pueblos que con él lucharan, hemos venido unidos por aquella ligadura invisible que la mano del tiempo, movida a veces por extraños impulsos, no han podido desatar. Estamos aquí como una halagadora promesa de fe y de confianza en el porvenir, dispuestos a la benevolencia de las soluciones para reafirmar los principios fundamentales de la amistad con las fuerzas de los ideales que brotan de las cenizas de Córdoba en la floración magnífica de su eterna juventud espiritual. A Bolívar, en su delirio sobre el Chimborazo, le despertó la voz tremendo de Colombia que le llamaba. Esa misma voz, unida a la del Padre de la Patria y a la de sus preclaros capitanes, nos llama ahora, señores, para que, al cumplirse un siglo de la muerte del Libertador, despertemos todos sus hijos, más fuertemente unidos todavía, limpia la mente como el corazón y pronta la mano para la ofrenda de amor y de reparación que le debemos.

DISCURSO DEL GRAL. VASQUEZ COBO

Señor Gobernador, honorables sacerdotes, señores oficiales del ejército, señoras:

En nombre del Senado de la República y en el de la municipalidad de Cali, deposito estas palmas al pie del monumento del General José María Córdoba. La conmemoración de este centenario constituye un homenaje y una enseñanza: es un atributo de gratitud que rinde la Patria, a quien luchó con denuedo y

entereza por la libertad de ésta y al mismo tiempo la confirmación del espíritu y civilista de nuestra democracia, que no admite otras normas sino las que emanan de la voluntad de sus legisladores. Córdoba parece en nuestra historia como el militar valiente y experto; como el patriota desinteresado, como joven gallardo, atrayente, de recia contextura moral, pleno de grandes, nobles, ideales, pronto siempre a sacrificarse por ellos. Casado el fragor de la batalla, en el que campo a campo se disputan la libertad americana, no creyó el prócer que la obra estuviera terminada, porque las ideas republicanas exigían de él la constitución de un estado de cosas, que en el derecho y en el hecho coronara el pensamiento y el esfuerzo de los libertadores. Por eso, cuando estimó que estaba desviado el ideal republicano, cuando consideró que el imperio de la ley eclipsábase, resistió denodadamente y ofrendó su vida en holocausto en aras de esa patria grande, libre y legalista que había soñado y que había contribuido a formar, y así como la sangre de Mario surgieron los Gracos, restauradores de una libertad agonizante, de la sangre de Córdoba surgió este espíritu libre, civilista y altivo del pueblo antioqueño, cuya contextura recia y firme como la de sus montañas, ha constituido su idiosincrasia; por eso, en toda época Antioquia ha sido baluarte y sostén del orden y la ley; ella no es campo propicio para las dictaduras, y ella ha rechazado siempre, como rechaza hoy, toda actuación imperiosa y todo movimiento de imposición; aquí sólo prosperan hombres como Berrío, el antiguo, como su ilustre hijo, como el preclaro ciudadano que rige los destinos del Departamento, porque han sido y son exponentes de la conciencia antioqueña, recta, severa y legalista; esa rectitud y esa severidad, han sido la base y fundamento de la prosperidad de Antioquia, que es también la prosperidad de Colombia. Ante el recuerdo que hoy nos congrega en este histórico lugar, como vocero del Senado y como ciudadano, hago votos porque el espíritu antioqueño permanezca, como hasta el presente, altivo, libre y erguido, para bien de la patria colombiana.